

LUXEMBURGO



No es que pensarán que no valía la pena dar la noticia, solo era cuestión de decidir cuándo. No era una noticia que fuera a interesar a la humanidad, al fin y al cabo, y no era un tema que generara inquietud a nivel nacional, ¿cómo podría esto influir en el votante británico medio? Importancia global, bueno, no, claramente, no tenía. Era algo extravagante, un poco enigmático, una historia que sería más divertida que instructiva, que distraería más que informaría. Y, por eso, la desaparición de Luxemburgo, no fue noticia, sino que se comunicó en algún lugar entre la sección de deportes y la del tiempo.

Ni siquiera era posible determinar el tiempo que llevaba desaparecido. No es que Luxemburgo fuera un país que la gente tuviera la costumbre de observar. Un ama de casa de Bélgica dijo que el miércoles había pensado cruzar la frontera e ir a una tienda de alimentación que conocía, que allí la leche siempre era más barata. Cuando se enteró de que ya no había un Luxemburgo al que ir, que solo había agua hasta donde alcanzaba la vista, dio la vuelta y compró sus provisiones en el supermercado de Amberes. Dijo que quizás le costarán un poco más caros pero que, al menos allí, eran de fiar. Y no, no se molestó en decir nada sobre la desaparición de esa nación durante un par de días. Cuando le preguntaron por qué, dijo que siempre perdía las cosas, que no tenía sentido armar un escándalo, que normalmente volvían a aparecer tarde o temprano.

Juliet nunca había estado en Luxemburgo. Colin, sí. A veces, ella le preguntaba cómo era.

—Oh, ya sabes —decía vagamente, y se encogía de hombros. Y ella sonreía, asentía y cambiaba de tema, pero no lo sabía, esa era la cuestión, ¿por qué si no iba a preguntar? A veces él se mostraba un poco más comunicativo—. Tiene unos edificios muy bonitos —le dijo—. Sí, una parte de la ciudad es muy agradable. Bastante europea.

Juliet no conocía muy bien Europa. Fue a Dieppe, únicamente un día, cuando iba a la escuela, y había pasado unas vacaciones de verano junto a aquella playa de Tenerife. En ambas ocasiones llovió. Le preguntó si algún día podría ir a

Luxemburgo con él. Todavía tenía su pasaporte, fíjate. Y le enseñó la foto, con aquella expresión de perplejidad de cuando el flash la cogió por sorpresa. Y él se rió, y le dijo que nadie quiere ir a Luxemburgo. Que buscaría un lugar mucho mejor que Luxemburgo, ¡espera y verás! Puede que para su aniversario. Pero los aniversarios llegaron y pasaron, varios. En esa foto del pasaporte, ahora, parecía tremendamente joven, no estaba segura de que en la aduana la dejaran pasar.

Cuando Juliet vio la noticia, sintió la necesidad de llamar a Colin, pensó que le interesaría. Pero, entonces, se acordó de que estaba en uno de esos viajes de negocios suyos, en Luxemburgo. Hacía muchos negocios en Luxemburgo en esos días. Incluso, en ese momento, pensó que se lo estaría pasando bien, disfrutando de la lluvia y los edificios. Se sentó para ver todo el programa. Se preguntó, lo cual era una tontería, si mencionarían a Colin. Pero no hablaron mucho de Luxemburgo, enseguida llegó la hora de «Gentes del este». Así que vio «Gentes del este». Supuso que no había nada de qué preocuparse. Supuso que si tenía que hacer algo, pronto alguien le diría que lo hiciese.

La mañana siguiente Juliet se levantó temprano, vio las noticias antes de ir a trabajar. Estaba medio dormida, así que puede que no estuviera muy concentrada, pero estuvo segura de que Luxemburgo no se mencionó en absoluto. Les preguntó a las otras chicas del supermercado sobre ello, pero ninguna sabía de qué estaba hablando. La Señora Wilson, que era la subdirectora, y la que ponía en marcha el mostrador de la pastelería, así que no era tan importante como ella se creía, dijo que había oído algo sobre la desaparición de un país, pero que creía que era Liechtenstein. Y eso le dio a Juliet alguna esperanza, pensaba que Colin ni siquiera había pisado Liechtenstein, quizá aún tuviese marido, después de todo. Pero esa noche vio las noticias, y emitieron una, muy corta, y era Luxemburgo, todo el rato. «País sigue desaparecido», decían, «los expertos están desconcertados». Hicieron un análisis económico, para calcular cuánto afectaría la ausencia de ese país a los precios de las acciones y al índice bursátil de Londres, y llegaron a la conclusión de que no supondría ni la

más mínima diferencia. Y se publicó un artículo sobre ello en *The Sun*, en un artículo titulado «¡Luxem-gone!», cuyo título y contenido no tenían ningún sentido.

Todo lo que se podía afirmar con certeza era que un país de medio millón de almas había sido eliminado de la existencia. Ochenta kilómetros de largo por cincuenta y cinco de ancho, era como si una de las piezas del puzle que formaba Europa hubiera sido quitada por un personaje cósmico. No muchos se refirieron a esto como una obra de Dios. Algunos charlatanes afirmaron que era un castigo divino por las maldades que Luxemburgo representaba, pero como nadie sabía cuál era la postura de Luxemburgo sobre nada, no resultó muy convincente. Se presentaron unas cuantas teorías. Algunas afirmaban que era debido a la deriva continental. Era extraño, admitámoslo, que un país sin costa fuese a la deriva, pero el hecho de que nunca hubiera ocurrido antes no significaba que no pudiese suceder ahora. Otras lo achacaban al calentamiento global. Sugerían que, posiblemente, Luxemburgo había estado utilizando un número mayor que la media de desodorantes en aerosol o frigoríficos con CFC per cápita y que, si alguien realizara un estudio sobre los hábitos medioambientales de los luxemburgueses, lo demostraría. No tenían la culpa, afirmaban un poco a la defensiva, de que no quedase población luxemburguesa a quien estudiar.

Pero la triste verdad es que no existieron tantas teorías, porque no se generó tanto interés. Solo era Luxemburgo, al fin y al cabo. Durante unos días los países del mundo estuvieron pendientes de si alguno más se desvanecía, y como ninguno lo hizo, suspiraron aliviados. Y, debe decirse, miraron a sus vecinos de reojo, y también sintieron una pizca de decepción.

El único destello de interés que perduró no se centró en Luxemburgo como tal, sino en lo que había aparecido en su lugar. Puede que hubiese sido un país pequeño, pero el enorme charco que dejó a su paso resultó ser bien grande. Francia lo llamó «*La Manchette*». Bélgica lo denominó «*La Mer Belgique*». Los alemanes fueron más allá, lo nombraron como «*Fehlenderangrenzenderlandsee*». Si alguien se refería a él

de otra manera, se ponían los dedos en sus oídos colectivos y fingían no entender. Se produjeron discusiones bastante acaloradas entre los tres países e, incluso, insinuaciones de que todos, o alguno, estaba dispuesto a ir a la guerra para reclamar este nuevo territorio. Y entonces Estados Unidos intervino, y dijo que todos se estaban comportando como imbéciles. Si se iban a comportar como niños, no podría ser de ninguno de ellos, y punto pelota. Así que se llamó el Canal Americano. Todos se mostraron satisfechos. Y con este último asunto resuelto, Luxemburgo desapareció del radar del mundo, y cada nación del planeta pudo volver a dedicarse a lo que había estado haciendo hasta entonces.

A Juliet no le resultó tan fácil. Aunque Colin estuviese fuera, por sus viajes de negocios, su vida giraba en torno a él. Si bien, no ante su presencia, al menos esperando su vuelta el fin de semana. El fin de semana siempre había girado en torno a Colin, él lo vivía como un regalo. El sábado salían de compras, y por la noche se arrebujaban en el sofá y veían algún DVD. Si la película no era muy larga, o si Colin no estaba interesado en los extras de la película, puede que después hicieran el amor. Ese primer sábado ella aún esperaba que apareciese; la noche anterior, como siempre, le había pasado la aspiradora a la casa de arriba a abajo. No es que él hiciera comentarios, pero sabía que se daría cuenta si no lo hacía, quería que la casa estuviera perfecta durante el tiempo que él estuviese. Lo llevó bastante bien, fingiendo que era un jueves, un jueves no laborable, una larga tarde de jueves, e hizo lo que hacía siempre, estaba acostumbrada a estar sola. Pero cuando llegó el segundo fin de semana lo encontró todo bastante frustrante. No sabía cuánta comida debía comprar, y los DVD no eran tan divertidos sin Colin haciendo comentarios. Miró la casa, recién limpiada, y se preguntó por qué se había molestado. Empezó a obsesionarse con su ausencia. Se convirtió en algo tangible, de alguna manera, no se imaginaba que la ausencia pudiera llegar a ocupar espacio, pero lo hacía. Colin no estaba cuando se levantaba por la mañana, Colin no estaba cuando se acostaba, e insistía en no estar en ningún momento. Pensó que mencionaba mucho a

Luxemburgo en el trabajo, puede que demasiado. La señora Wilson se la llevó a un lado y le dijo que dejara de hablar de eso, que estaba aburriendo a todos hasta la saciedad, y como la señora Wilson le hablaba en ese momento en calidad de subdirectora, y ni siquiera estaba cerca del área de pastelería, Juliet asumió que debía escuchar. Y le pareció bien, ella también estaba empezando a aburrirse del tema. Y al tercer sábado, tumbada en la cama, sola, innegablemente sola, sin hacer el amor, sin ni siquiera olerlo, Juliet se dijo a sí misma que ya era hora de hacer algo al respecto.

Supuso que debía haber mucha gente que había perdido a su familia con la desaparición de Luxemburgo..., pero como la gran mayoría debían estar en Luxemburgo, no tenía a nadie con quien compartir impresiones. Determinó que Colin había muerto. Y una vez que lo dijo así, sin fanfarrias, sin reservas, todo le pareció mucho más sencillo. Y si él estaba muerto, consideró que ella debería estar de luto, que eso es lo que había que hacer en momentos así. Se plantó en el baño, se miró en el espejo, practicó expresiones de dolor y pérdida. Le supuso un gran esfuerzo. La verdad era que se sentía triste pero, si lo pensaba bien, se sentía triste la mayor parte del tiempo, no estaba segura de que la muerte de Colin hubiera contribuido mucho a aumentar su tristeza. Tenía la esperanza de que estar triste fuese de gran ayuda, que no fuese necesario dar un gran salto para pasar de su estado normal de hastío a uno apropiado que mostrara dolor. Pero justo cuando creyó que ya había asimilado ese dolor, que al fin tomaba forma, perdió la concentración y recuperó su tristeza habitual. Y se preguntó después si se había estado engañando, pues lo que había empezado a sentir no era nada parecido a la pena, ni siquiera estaba en el campo de la tristeza, era solo hambre, o cansancio, o aburrimiento. Juliet no tenía experiencia guardando luto, no sabía qué estaba buscando. Nunca había perdido a nadie; sus hermanos, sus tíos y tías, estaban todos ahí, todos dando guerra. Sus padres se habían mantenido obstinadamente con vida, allí seguían, y Juliet no entendía a qué le dedicaban esa vida, pero ahí estaban todavía, aunque no exactamente muy animados, pero

para nada se encontraban en algún lugar cerca de las puertas de la muerte. Tendría que esforzarse por llorar un poco más, volver a meterse en tema, se miró en ese espejo suyo, se esforzó por poner caras grotescas. Intentó visualizar a Colin como cadáver. Pero no le salía, le aparecía dormido, le daba sueño solo pensar en él, le daba ganas de meterse en la cama junto a él y acurrucarse. Y si trataba de imaginárselo con los ojos abiertos, las expresiones con las que lo veía para que le pareciera suficientemente muerto, le hacían reír.

La familia de Colin sintió lástima por Juliet, por supuesto. Nunca les había gustado mucho esa chica tímida con la que Colin se había casado tan de repente. Bonita, pero no lo suficiente, siempre flotando en segundo plano en los encuentros sociales, sin hablar nunca a menos que se le hablara, y sin decir nada interesante incluso entonces, siempre demasiado impaciente por pasarle el teléfono a Colin apenas saludaba del modo más breve. Pero tampoco les disgustaba, no había nada de que disgustarse. Apreciaron su desconcierto por la desaparición de Colin y, aunque no le expresaron sus condolencias por medio de una tarjeta o una llamada telefónica, no quisieron entrometerse, eran como eran. Sin embargo, cuando los invitó al funeral de Colin, aparecieron un poco alterados.

—¡No ha estado en Luxemburgo ni un mes! —le dijo su madre—. ¡Hay quienes se van más tiempo de vacaciones!

Le dijo, con toda claridad, que no había ningún cuerpo, por lo que legalmente no podía ser declarado muerto y que, si hubiera un cuerpo, no se habría enfriado todavía, que por qué tantas putas prisas. Juliet le contestó, en voz baja, que necesitaba pasar página. Era el momento. Tenía que pasar página. Y aunque la madre de Colin podría haber pensado que Juliet era una zorra descarada, que era evidente que tenía un nuevo hombre esperando ocupar el puesto de Colin, que probablemente quería a Colin muerto, que sí, que realmente lo quería muerto, para poder escaparse con el tipo que le cayera más a mano, eso no era así en absoluto. Juliet no podía aceptar que Colin la había dejado hasta que hubiera algo oficial que se lo dijera. Le preguntó al cura si podía celebrar

un servicio en la iglesia... «No, no hay ningún cuerpo, aún no, creo que Colin hubiera preferido la incineración, por si sirve de algo». Y le dijeron que, por mucho que sintiera su pérdida, no era suficiente pérdida como para que le pudiera ayudar. Así que el funeral se convirtió en un velatorio, llevado a cabo en su casa, ese domingo. Toda la familia y todos los amigos de Colin podían venir a presentarle sus respetos, si querían. No muchos lo hicieron. Juliet había ido a comprar el día anterior, se excedió comprando rollos de salchichas y huevos a la escocesa. Los había elegido hacía meses.

Mientras fregaba en la cocina, Dave entró y le preguntó si podía ayudarla. Dave le dijo que ella era la viuda, que no debería encargarse de todo. Y Juliet dijo que podía secar los platos si quería, que había un trapo colgado junto a las ollas. A Juliet le gustó como sonaba «viuda», le produjo un cosquilleo. Todo el día había estado esperando sentir algo. Dave era tres años más joven que Colin y, además, se parecería un poco a él, solo le faltaba tener el pelo más cano, estar un poco más gordo y llevar gafas. Había venido desde Leatherhead con su esposa Sharon y su hijo de cuatro años, Tim, quien había estado correteando por la casa toda la tarde imaginando que era un dinosaurio. Era evidente que no estaba tan afligido como Juliet.

—¿Echas de menos a tu hermano? —le preguntó a Dave mientras le daba un cortador de tarta.

—¡Oh!, sí —dijo—. Bueno, más o menos. Quiero decir, solo lo veía en Navidad —secó un par de tazas, algunos platos, y un tenedor—. Probablemente, lo echaré de menos en Navidad —dijo.

Siguieron fregando un rato. Y entonces algo se volvió confuso, porque se suponía que él secaba la vajilla, pero sus manos estaban también en el fregadero, lavando la vajilla con la esponja de repuesto. No era el más grande de los fregaderos, así que las manos de uno chocaban con las del otro.

—¿Le echas de menos? —preguntó Dave.

—Oh sí —dijo Juliet.

—¿Echas de menos besarle? —preguntó Dave.

Juliet se paró a pensar en esto.

—Supongo que sí —dijo—. Sí.

—Yo también echo de menos los besos.

—Pero Sharon no estaba en Luxemburgo —dijo Juliet, y Dave dijo:

—Lo sé.

Y entonces su cara recorrió toda la de ella, mejilla, cuello y, al fin, encontró el camino hacia sus labios, y ella pensó, oh sí, lo sabía, me he estado perdiendo todo esto. La espuma del jabón goteaba y caía al suelo. Él se apartó.

—Perdona —dijo—. Perdona. He deseado hacer esto desde hace mucho tiempo. Perdona. No lo volveré a hacer —y se fue de la cocina.

Esa noche la llamó por teléfono.

—¡Oh!, hola —dijo ella—. ¿Has llegado bien a casa?

—Tengo que volver a verte —le susurró él—. Lo siento, lo siento.

Ella pensó que eso estaría muy bien. Él le dijo que iría a verla el sábado, que encontraría una razón por la que estar fuera todo el día, que se apañaría. Y aunque ya estaba planeado, y solo era domingo por la noche, cada noche de esa semana se las apañó para encontrar una razón para llamarla y confirmar que todo seguía en pie.

Ella rompió su rutina, salió a comprar el viernes por la tarde. El supermercado no estaba tan lleno, se preguntó por qué nunca había ido en viernes. Y preparó una buena comida para recibir a Dave. Sin embargo, él no quiso su ensalada de patatas. Lo primero que hizo fue abrazarla y besarla por todas partes, antes de quitarse los zapatos, incluso antes de quitarse el abrigo. Siendo realistas, Juliet sabía que los besos, probablemente, no marcarían una línea roja, y que podría darse un poco de sexo. No estaba preparada para tanto.

—¡Oh Dios, me he estado perdiendo todo esto! —gritó él en algún momento durante el quinto asalto.

Y Juliet dijo que ella también lo había echado a faltar, y lo dijo en serio, pero pensó que no lo había echado de menos tanto como para gritarlo. Dave se parecía a Colin, pero eran muy diferentes; Juliet pensó que en la oscuridad podía imaginar que eran el mismo, que había sido un cambio honesto,

no un robo, pero las manos de Dave la estaban tocando, no estaba segura de dónde le iba a tocar a continuación, y tampoco estaba tan oscuro, incluso con las cortinas cerradas entraba luz del sol y podía verlo todo. Y eso, al principio, le resultó un poco desconcertante, y no era necesariamente agradable, pero le daba una gran emoción al asunto. Alrededor de las cinco y media él le dijo que tenía que irse a casa, que tenía un largo trayecto por delante, y el tráfico, el sábado, probablemente fuese una mierda. Y se sorprendió a sí misma diciéndole que tuviera cuidado.

—No te vayas —le dijo —aún no —y añadió inútilmente—: tengo ensalada de patatas en la cocina.

—¿Podemos hacer esto otra vez? —le preguntó él. Tenemos que volver a hacer esto.

—Oh, sí —dijo ella.

—Te quiero un huevo —dijo él, y la besó, y se marchó, y aunque ella determinó que lo mejor sería ignorar esa última parte, le resonó mucho en la cabeza durante la siguiente semana.

El sábado siguiente no se tomó la molestia de hacer ensalada de patatas. Había reflexionado a fondo sobre lo que tendría que sentir durante el sexo, sobre cuánto placer debería sentir..., y acertó, estaba muy orgullosa de sí misma, había pillado la expresión exacta. Y entonces se dio cuenta de que... ¡Dios mío!, estaba disfrutando de verdad, sin tener que intentarlo conscientemente. Eso le hizo entrar en pánico, estaba recostada junto a Dave cuando se dio cuenta de que Colin se estaba desvaneciendo. Se había mantenido ahí, en su cabeza, pero ahora estaba desapareciendo, ¿cómo podía desaparecer así? Pensó que era la tristeza que, finalmente, había llegado. No estuvo segura si el grito que pegó había sido de alivio o por esa repentina pérdida que le produjo un nudo en el estómago. Y Dave tampoco supo por qué había gritado, pero la abrazó fuerte, la abrazó hasta que se sintió mejor, y le dijo que la amaba. Usaba mucho la palabra amor. Ella le decía, de vez en cuando, que no fuera tonto, y él decía que no era tonto, que era la última cosa en el mundo que era. Era amor, ¿no merecía acaso que la amaran? Y ella le preguntó

si ya no amaba a Sharon. Él no quiso ponerse ofensivo y se quedó muy callado. Le dijo que había amado a Sharon, por supuesto que sí, pero que el amor se acababa de marchar. No sabía adónde. No tenía sentido. ¿Cómo podía desvanecerse algo tan grande como el amor? ¿Qué valor tenía si se desvanecía tan fácilmente y sin motivo? Así que Juliet dijo que, tal vez, un día a él le pasaría lo mismo con ella, y él lo negó, dijo que este era un tipo de amor diferente, que este era sólido. Volvieron a tener sexo después de eso. Y luego a él le entró un poco de cansancio y le preguntó si tenía algo para comer. ¡Estaba muerto de hambre! Y deseaba que Juliet hubiera hecho ensalada de patatas, después de todo.

—Le he contado a Sharon todo sobre nosotros —dijo un sábado—. Nos estamos divorciando. Juliet no estaba del todo segura de querer que Dave dejara a su mujer, por su propio bien. Se había acostumbrado a la idea de sentir pena y placer sin tener que sentir también culpa. Dave le aseguró que todo saldría bien. Que Sharon estaba muy enfadada y su madre profundamente enfurecida, y que, por alguna razón, Juliet quizás querría evitar contestar al teléfono una temporada. Pero que mejor así, que ya no estarían viviendo una mentira. Y que, lo que era aún mejor, que ahora podría pasar todo el fin de semana con ella. ¡Desde el viernes por la noche hasta el domingo! Se quedaría toda la semana, por supuesto, pero su oficina estaba en Leatherhead. Que podía dejar su matrimonio, pero no su trabajo, que eso sería hacer una tontería. Y que todo encajaría. Que ya no querría tener sexo nada más entrara por la puerta, no habría necesidad, que ahora tendrían todo el tiempo del mundo. Que la ayudaría con las compras los sábados, que por la noche podrían ver una película. Luego podrían hacer el amor, y estaría muy bien, pero Juliet no pudo evitar sentir que todo se estaba volviendo más superficial, que las manos no estaban tan dispuestas a explorar. Se quedaban, más o menos, al norte del ecuador. Colin no fue un hombre apasionado, pero había tenido sus momentos, pasaron dos años de matrimonio antes de que el sexo se volviera rancio. Con Dave ocurrió poco antes de los tres meses. Juliet pensó que ella tenía la culpa, que lo que

pasaba era que le quitaba el ánimo a la gente. No quería que Dave fuera como Colin, no quería pensar en Colin para nada. Pero era como una punzada de un diente infectado, no podía evitarlo, sabía que Dave estaba muy cerca de ser el hermano de Colin. Observaba sus canas, le ponía extra de mayonesa en la ensalada de patatas para que engordara. Y cuando estaba junto a él en la cama, cuando compraban y veían los DVD, pensaba que puede que fuese Colin, pero se podía ver cómo iba sacando la cabeza Colin Mark II.

—Te amo —le decía tan jodidamente a menudo, y ella le creía, pero eligió no oírlo la mitad de las veces—. Tenemos un bebé —le dijo él— un bebé nuestro.

—Pero tú tienes a Tim —dijo ella.

—A la mierda Tim —dijo él—. Quiero un hijo tuyo.

Él trabajó sin descanso para que sucediese. Colin nunca había querido un hijo, eso hacía a Dave diferente, ¿no? ¿No? Después de haberse puesto manos a la obra, él se quedaba dormido y ella se recostaba entre sus brazos. ¿Cuánto tiempo se quedaría con ella? ¿Cuánto tiempo iba a amarla? Ella empezó a fantasear con que viendo las noticias una mañana de entre semana, descubriría que Leatherhead era noticia, que Leatherhead había desaparecido de la faz de la tierra. Y que eso es lo que ella deseaba, además; quería que Leatherhead desapareciera, y que se llevara a Dave consigo, solo para que ella lo supiera, solo para que finalmente supiera que todo había terminado. Ya estaba practicando frente al espejo del baño, estaba practicando su dolor, esta vez sabía cómo iba a reaccionar. Y aunque él no había desaparecido todavía, no le había hecho un Luxemburgo, acurrucada junto a su cuerpo dormido, empezó a afligirse.

—Te amo —dijo ella—. Oh, Dios, te amo —y empezó a llorar. Es una pena, pensó, ¡me estoy volviendo tan buena en este asunto! Dolía mucho, si desaparecía...

Pero Leatherhead no desapareció. Y Luxemburgo reapareció.

La señora Wilson dijo que había visto algo en las noticias de anoche, ¿acaso no se había enterado Juliet? Estaba sorprendida, siempre creyó que Juliet se consideraba una

experta en Luxemburgo. Juliet no le creyó, pero una de las chicas de las cajas se lo confirmó. Juliet preguntó si podía cogerse su descanso para comer antes, para ir a ver. La señora Wilson dijo que no pensaba que alguien pudiera comer a las diez y media, y que sentaría un desafortunado precedente. Y Juliet pensó: «que te jodan», y le sentó bien pensarlo, y salió a por el coche de todos modos, sin permiso, y condujo hasta casa. Encendió su móvil, y ahí estaba Dave, le había dejado cuatro mensajes. «Llámame», se leía, «tenemos que hablar». Así que lo llamó desde el coche.

—¿Has oído las noticias? —dijo él—. Voy para allá. He salido de la oficina, ahora mismo voy. Tenemos que hablar de esto.

Luxemburgo se había perdido en medio del Océano Pacífico. Juliet no sabía mucho sobre el Océano Pacífico, pero entonces se enteró de que era enorme; podías dejar caer un país en él tranquilamente, sin problemas, el doble de grande que Luxemburgo, por decir algo, y no esperar encontrarlo nunca. La gente de Luxemburgo se pasó un día, más o menos, sin darse cuenta de que habían sido trasplantados, o algo así; les desconcertó un poco el clima, tan cálido, pero tampoco era como para quejarse. Y, entonces, se dieron cuenta de que estaban a bordo de una enorme balsa, mil quinientos kilómetros cuadrados flotando libremente, fuera del alcance de la civilización. Miraron por encima de los límites. Descubrieron que, por muy ancha que fuera la balsa, tampoco era tan gruesa, solo una rebanada de país, en realidad, de no más de un metro de profundidad. Y, en consecuencia, las autoridades establecieron un sistema rotatorio, y la población se turnó para asomarse por un lado y remar hasta el país más cercano. Tenían miles de kilómetros por delante, pero se pusieron manos a la obra de verdad, les llevó poco menos de un año estar lo suficientemente cerca de Samoa como para tener cobertura y poder pedir ayuda.

Y la mejor noticia fue que, por lo que se pudo determinar, casi todos habían sobrevivido al incidente en Luxemburgo. Por supuesto que se produjeron algunas muertes. Por vejez, enfermedades, suicidios..., pero eran el tipo de muertes que

hubieran ocurrido de todos modos. Todos los muertos eran bastante viejos, o estaban enfermos o profundamente deprimidos. Y se dieron algunos casos de canibalismo. Parte de la población entró en pánico y pensó que podrían estar a punto de morir de hambre: pero estos casos fueron pocos, aislados, y nadie sabía por qué habían recurrido a medios tan desesperados para empezar. Al fin y al cabo, la desaparición no afectó ni al ganado ni a la vegetación y, además, todas las tiendas de alimentación permanecieron abiertas y mantuvieron su horario habitual.

Así que no había ninguna razón para creer que Colin no estuviera sano y salvo, y que pronto volvería a casa.

—¿Cómo te sientes con todo esto? —le preguntó Dave. Estaba sentado, junto a ella, en la cocina, muy serio. Ella no sabía cómo se sentía, en realidad, ¿necesitaba saberlo justo ahora?, ¿por qué siempre tenía que reaccionar ante todo? Dijo que estaba emocionada—. No, me refiero a qué sientes respecto a nosotros ¿Qué va a pasar con nosotros? —Ella ni siquiera había empezado a pensar en eso—. ¿No te importa nada? —le preguntó él. Y le dijo que la amaba, que se lo había dicho muchas veces, pero que ella nunca había sido sincera con él, que nunca le había correspondido. Y ella quiso decirle que por supuesto que lo amaba, que compartía su cama con él, y su ensalada de patatas, ¿qué era el amor sino eso? Y le dijo que le había amado, que por lo menos lo amaba una vez al día, que llevaba la cuenta; que se preocupaba de que él no estuviera allí en ese momento, o de que no estuviera despierto, o de que no estuviera atento, y que incluso ahora que no se lo decía, no le parecía justo ofrecerle amor cuando nunca había sabido ser libre y que, además, le resultaría algo embarazoso. Y él la llamó zorra, le dijo que le había arruinado la vida, que había abandonado a su mujer, a su hijo, que todo era culpa suya. No fue culpa suya, empezó a decir ella, fue culpa de Luxemburgo. Luxemburgo les había hecho esto, desapareció sin motivo, ahora había vuelto, ¿cómo podría ser responsabilidad suya un pequeño país europeo? Y él dijo que no tuvo nada que ver con eso. Que se iría de la casa si ella quería estar con Colin en vez de con él, que dependía de ella.

Comprobaría si Sharon aceptaba que volviese, quizás si él se arrepentía, si se arrepentía para todo el resto de su puta vida. Y resultó que Sharon lo aceptó, pero solo bajo condiciones muy estrictas. Arrepentirse para todo el resto de su vida fue solo el comienzo.

Clavaron aros de metal en el suelo, tachonando toda la costa. Enhebraron cuerdas. Y, a la de tres, una flota de helicópteros elevó a Luxemburgo por los aires, se dirigieron hacia Europa y colocaron al país errante en su sitio. No fue un ajuste perfecto, era difícil meterlo en el agujero con precisión. Fue necesario recortar algunas puntas, perdieron todo Schengen y todos los trocitos de Hinkel que valían algo. Pero lo hicieron lo mejor que pudieron, aplastaron y eliminaron las poblaciones que estaban surgiendo en su lugar, y Luxemburgo volvió a ser parte de Europa. Con solo un metro de grosor, se balanceaba sobre las aguas. Se advirtió a todo el mundo que no caminara demasiado fuerte por si se producía una fuga.

Y Colin volvió a casa.

—Hola —le dijo a Juliet.

—Hola —le respondió ella. Y ninguno sabía qué hacer, ambos se sentían un poco incómodos. Ella se había preguntado si verle en la puerta una vez más la colmaría de pasión romántica, si se abrazarían, si no dejarían nunca de besarse, de hacer el amor. No fue así, pero fue cariñoso, se dieron un abrazo—. ¿Quieres comer? —le preguntó ella—, y él contestó que sí. Ella le preguntó cómo había sido ese calvario en Luxemburgo.

—¡Oh!, ya sabes —respondió él, y se encogió de hombros. Se dio cuenta de que estaba embarazada. Así es, dijo ella. Él dijo que no la culpaba, que habría pensado que estaría muerto, que él habría hecho lo mismo si ella hubiera sido la que hubiera desaparecido—. ¿Cómo es él? —le preguntó Colin—. ¿Es mejor que yo?

—¡Oh! —dijo ella—, ya sabes.

Él asintió, se comió su ensalada de patatas, y le dijo que no se lo volvería a preguntar. A su favor hay que decir que nunca lo hizo. Ella solo esperaba que el bebé que crecía dentro de sí

no se pareciera en nada a su marido, sería difícil de explicar. Y unos meses después llegó, y nada, se parecía a cualquier otro bebé, se parecía a un viejo calvo malhumorado.

Por un tiempo el matrimonio mejoró. Mantenían conversaciones cuando hacían las compras, él elegía películas para ver en DVD que a ella le pudieran gustar. Y hacer el amor nunca llegó a ser apasionante, no exactamente, pero ya no era un ritual. Sentían, al menos, que hacían el amor.

—No sabía lo que me estaba perdiendo —dijo él—. He sido tan idiota. Y sí, con el tiempo, todo se sumió en la rutina de nuevo, pero se habían demostrado mutuamente que no siempre tenía que ser así, que podían hacer que todo funcionara muy fácilmente con solo prestarle atención, y que tal vez eso bastara. Colin era un excelente padre, sabía qué hacer; Juliet lo envidiaba, le llevó mucho tiempo decidir cómo debía comportarse una madre—. Somos felices —le dijo él, una noche, de forma bastante inesperada—. Somos realmente felices, ¿no? —Y ella estuvo de acuerdo. Lo eran.

Un día, unos veinte años después, él le dijo que tenía cáncer. Que lo estaba carcomiendo, por lo visto, desde hacía mucho tiempo. El doctor se lo había dicho esa misma mañana, por eso tenía que hablarle así, por eso tenía que expresarse de forma tan seria. ¡Oh, Dios!, no te angusties, ¡Oh, Dios! El doctor le había prometido que no era demasiado tarde, que se podía tratar, que no debían perder la esperanza. Pero el doctor se equivocó, era demasiado tarde. Y todos los tratamientos del mundo no podían hacer otra cosa que convertir la muerte de Colin en algo terriblemente lento. Juliet siempre estuvo ahí. Lo llevaba al hospital. Le daba la sopa, incluso cuando no tenía hambre, le decía que tenía que seguir haciendo un esfuerzo. Le limpiaba cuando vomitaba, nunca le hacía comentarios, nunca hacía que se sintiera mal cuando veía como envejecía y se debilitaba, como se le blanqueaba el pelo que después desapareció por completo, como su barriga desaparecía. Ella deseaba que él desapareciera como la barriga. Deseaba poder despertar una mañana y saber que se había evaporado mientras ella dormía, de un modo tan indoloro, tan simple. Ahora sabía cómo reaccionar, ahora

podría llevar el duelo, era cierto, era más fácil cuando había un cuerpo. Y, esta vez, todo el mundo vino al funeral, toda la familia acudió para despedirle. No a Dave, por supuesto. Dave había muerto de un derrame cerebral dos años antes. Juliet no le había guardado luto; decidió entonces reservarlo todo para Colin.

Unas semanas antes de morir, Colin le dijo que tenía algo que confesarle. Que no quería herirla, pero era algo que debía hacer. Ella esperó pacientemente mientras él trataba de encontrar las palabras.

—Nunca he estado en Luxemburgo —dijo.

Ella le preguntó qué quería decir.

—Tuve una aventura —le dijo—. Le contó que le había estado mintiendo todo el tiempo, que se había inventado viajes de negocios para alejarse de ella. Que se había visto con aquella mujer de vez en cuando, durante años. No quiso decir su nombre, ya no importaba... Y Juliet estuvo de acuerdo, no importaba. Que cuando Luxemburgo desapareció, le pareció un regalo de Dios. Que su vida había cambiado de la noche a la mañana, era libre, ya no tenía que divorciarse, ni hacer sentir mal a Juliet, porque nunca fue culpa suya, que había sido él, todo fue por él. Una ruptura, limpia y simple. Se había ido a vivir con su amante. Apenas habían durado un mes. Algunas relaciones son mejores a distancia, le dijo. A veces, la realidad de la convivencia se interpone en el camino. Sabía que no podría volver con Juliet. ¿Cómo podría explicar dónde había estado? Y entonces un día Luxemburgo volvió. Le había dado una segunda oportunidad. Empezó a llorar.

—Está bien —dijo ella—. Ahora ya no importa.

Y ella apenas podía entender lo que él le decía entre lágrimas.

—No es por eso—dijo él—. La echo de menos. Lo siento. La echo de menos. Lo siento. Lo siento —y ella lo abrazó, y lo besó. Y lloró también, porque sabía lo que él quería decir, no estaba bien, pero a veces sentía exactamente lo mismo.

Un día decidió tomarse unas vacaciones. Su marido había muerto, su hijo estaba en la universidad. ¿Qué iba a

detenerla? Renovó su pasaporte, se hizo una nueva foto. La vieja parecía ahora muy joven, y muy desanimada; la foto que ahora miraban en la aduana era de alguien con confianza, fuerte, y muy expresiva, era un rostro que había sentido cosas.

Luxemburgo no era muy interesante a nivel turístico. Incluso tras veinte años funcionando correctamente, seguía manteniendo su fama. La gente decía que se sentía mareada allí, especialmente cerca de sus límites. Se podía ver como todo el país subía y bajaba sobre el agua. A Juliet le gustó Luxemburgo. Le gustó su arquitectura. Sabía que no era su verdadera arquitectura, por supuesto; la superficie de Luxemburgo era tan fina que todos los edificios pesados fueron derribados y reemplazados por réplicas hechas con tablonos. Pero eso era normal, Juliet sabía que Luxemburgo tenía que haber cambiado, que debía haber un Luxemburgo Mark II. Era lo suficientemente inteligente como para saber que eso es lo que sucedía con las cosas que regresan, con las cosas que una pensaba que se habían perdido para siempre.

Se pidió un café con leche, y se sentó bajo las luces de la catedral de *Notre Dame* de Luxemburgo, no era tan grandiosa como la de París, pero estaba bien como catedral, muy aceptable, habían hecho un buen trabajo. Se preguntó si estaría tentando al destino viniendo aquí. Se preguntó si todo desaparecería y se la llevaría y, esta vez, no habría vuelta atrás, ni descanso en el Pacífico, ni un regreso de última hora, todo se desvanecería para siempre y no se volvería a saber nada de nada. Bueno, pensó, ya veremos. Y decidió que, si desaparecía, lo aceptaría. Y si no lo hacía, se iría a casa y seguiría con lo que le quedara de vida. De cualquier manera, no se quejaría. Se dedicaría el tiempo a sí misma, y a Luxemburgo, y a sus destinos gemelos, hasta que se acabara el café. Bebía a sorbos, sin prisa, y admiraba su arquitectura, y sonreía, y disfrutaba del día.